



ROMANCE TRAGICO

DE DON FRANCISCO DEL CASTILLO.



PRIMERA PARTE.

Sagrada Virgen María,  
 madre de Dios del Rosario,  
 hoy necesito, Señora,  
 de vuestra gracia y amparo;  
 para que escriba mi pluma,  
 y se remonten sus rasgos,  
 pues valido de tu ayuda,  
 podrá mi ingenio turbado

escribir este suceso;  
 atencion mientras declaro  
 la historia mas verdadera,  
 que es la que aqui voy notando;  
 silencio, noble auditorio,  
 porque silencio le encargo.  
 En la mas noble ciudad,  
 que calienta con sus rayos

el hermoso sol que adorna  
 con sus resplandores claros,  
 la mas llena de virtudes  
 que en toda España se ha hallado,  
 que es la ciudad de Jaen,  
 timbre de tanto penacho,  
 cuyas encumbradas torres  
 compiten con lo mas alto:  
 en aquesta dulce patria,  
 en este, pues, deleitado  
 jardin, que siendo de damas,  
 nació una dama, que el garvo  
 de las mugeres se lleva,  
 por lo hermoso y lo bizarro:  
 es hija de un caballero,  
 de lo mejor que se ha hallado,  
 por su virtud y nobleza,  
 en la ciudad respetado:  
 es el noble Don Francisco  
 de Figueroa y de Prados,  
 su muger Doña Isabel  
 Cabrera, Vargas, Quebrado:  
 dejemos en este punto  
 á sus padres, solo paso  
 á decir de esta doncella,  
 que atrás queda declarado,  
 que apenas llegó á tener  
 tres lustros, que son quince años,  
 le disparó el dios Cupido  
 una flecha con su arco  
 de amor que al corazon llega,  
 teniéndolo traspasado,  
 por mano del mas galan,  
 mas discreto, mas bizarro  
 caballero, que se halló  
 en todo el reino nombrado;  
 su nombre referiré,  
 que es razon el declararlo,  
 que no diga mi auditorio,  
 lo mas substancial del caso  
 se ha quedado por decir,

si su nombre no declaro.  
 Don Francisco del Castillo  
 es aqueste amartelado,  
 que enamorado y rendido  
 está entre amores estraños,  
 que á su corazon combaten,  
 y en amor se está abrasando;  
 y en fin dispuso una noche  
 con grandísimo cuidado,  
 el ir á ver esta dama,  
 por ver si puede á sus rayos  
 mitigar tantos ardores,  
 y darle á su amor el pago.  
 Apenas oyó las once  
 de la noche, con cuidado,  
 de finas armas se viste,  
 se pone colete y casco,  
 su montera de rebozo,  
 un calzon de ante estimado,  
 una media naranjada  
 lleva, y sus zapatos blancos,  
 un capote de dos faldas,  
 y en su cintura ha colgado  
 un trabuco y dos pistolas,  
 un estoque toledano,  
 un broquel de acero lleva,  
 que no lo resiste un mármol;  
 sobre sus hombros se ha puesto  
 la capa, con que ha quedado  
 armado graciosamente,  
 y luego llamó un criado,  
 y le hizo que se armase  
 tambien ó mejor que el amo.  
 Salieron ambos á dos  
 á la calle como rayos,  
 y cuando llegan al sitio,  
 Don Francisco se ha hajado  
 al suelo, y alzó una china,  
 al balcon se la ha tirado.  
 La dama que está en aviso,  
 y por su amante aguardando,

abrió el balcon como un trueno,  
 estas palabras hablando:  
 señor, seais bien venido  
 como has sido deseado;  
 vete al jardin, caballero,  
 que allá os estoy esperando,  
 que en este sitio no puedo  
 daros, señor, mi descargo;  
 y sin detenerse un punto  
 se partió al jardin volando;  
 cuando al postigo llegó,  
 vido que estaba entornado,  
 abriólo, y antes de entrar,  
 asi ha dicho á su criado:  
 que le aguarde en aquel sitio,  
 y estuviere con cuidado,  
 no le venga algun peligro,  
 ó le suceda algun daño;  
 porque aquel que amores tiene,  
 siempre vive con cuidado,  
 y aquel que ama ó estima  
 siempre está sobresaltado.  
 Entró en el jardin, y vido  
 al pie de un verde naranjo,  
 un ángel en hermosura,  
 un serafin en lo humano,  
 una Vénus, poco dije,  
 una diosa, aqui me paro,  
 que con el grande querer  
 no he podido ponderarlo.  
 Mas es hija de Cupido,  
 Vénus es su primo hermano,  
 Minerva le tiene envidia  
 por lo hermosa y lo bizarro,  
 y aquella diosa Amaltea,  
 de ella se ha estado quejando,  
 que tributo en la hermosura,  
 siempre lo ha estado pagando.  
 Hermosa estrella de Vénus,  
 cuando yo merecí tanto  
 favor, como el que me haceis?

á grande dicha he llegado:  
 tuyo he de ser sin remedio,  
 si es que merezco tus brazos.  
 Qué me respondes, señora?  
 Acaba ya á un desdichado  
 de darle el sí, porque está  
 tan herido y lastimado  
 de tu amor, que ya no puedo,  
 y en tu mismo amor me abraso.  
 La dama le respondió,  
 señor, digo que soy vuestra,  
 y estoy pronta á tu mandado;  
 la ingrata correspondencia  
 será un rigor temerario,  
 el ausentarte y dejarme  
 despues que hayas gozado  
 la joya que mas estimo,  
 que es mi honor tan puro y casto,  
 que te ausentes y me olvides,  
 obrarás como villano.  
 Esto que oyó el caballero,  
 dijo, metiendo la mano  
 en el pecho, y de él sacó  
 un Crucifijo enclavado,  
 y le dice: yo te juro  
 por este Cristo sagrado,  
 que en mi pecho reverencio,  
 que he de ser tu esposo amado,  
 y defender tu hermosura,  
 pues ella me obliga tanto.  
 Aqui respondió la dama,  
 con un cortesano agrado:  
 si es verdad, amor, lo que dices,  
 llega, y aplaca esos rayos,  
 y mitiga esos ardores,  
 y dale á tu amor el pago.  
 En fin, gozó aquella flor,  
 quedó marchito aquel árbol,  
 y sin fragancia sus flores,  
 trocados aquellos ramos,  
 estas palabras habló:

quedó la dama gustosa,  
y el caballero pagado;  
con esto se despidió  
porque el alba iba apuntando,  
por entre encumbradas selvas  
esparce su bello manto.

Se fue el galán, y quedó  
la dama considerando  
el gran placer que ha tenido,  
y lo mucho que se ha holgado  
con su amante en el jardín,  
y está la noche esperando,  
para volver á gozar  
de su dueño los halagos.

En fin, gozó el caballero  
de esta dama los aplausos,  
solicitó algunos dias,

poco á poco le apagarón  
los rayos de su hermosura,  
pues ya le enfadan sus rayos,  
que el tiempo todo lo acaba;  
y con un pecho tirano  
se ausentó de la ciudad,  
y la señora dejando,  
sin mirar el gran peligro,  
ni considerar el daño,  
que dejaba cometido,  
y en la dama ejecutado;  
en fin, pasóse á las Indias,  
que lo tiene deseado.

Doblemos aqui la hoja,  
dejemos en este estado,  
que en el segundo romance  
se dará fin á este caso.

### FIN DE LA PRIMERA PARTE.



## SEGUNDA PARTE.

**Y**a he dicho como quedó en mi primera jornada, ausente este caballero: pues volvamos á la dama, que de dolor á los cielos está pidiendo venganza contra su tirano amante, que asi la dejó burlada, y sin honor padeciendo, metida en desdicha tanta: á nadie le ha dado cuenta lo que en su pecho callaba, hasta que el tiempo publique de su vida buena ó mala, sin darle cuenta á su padre de esta cometida infamia; pues no es bien que se descubra el desdoro de su fama. Pretende aquesta señora el salirse de su casa una noche con secreto, despues que vido entregada

toda la casa al silencio, se ha encerrado en una sala, y quitandóse su ropa, llegó, y abriendo una caja, sacó un vestido, que fue de su padre, y muy bizarra se lo puso, y luego al punto previno con grande traza dos hermosas caravinas, y buscando espada y daga, empuñándola le dice: hoy una muger liviana te ciñe, y contigo quiere morir, ó cobrar venganza; y viéndose apercebida, llena de valor y armas, salió á la calle furiosa, y como leona brava, ó bien herida serpiente, va en busca del que le agravia. De Jaen pasóse á Cadiz, á donde se paseaba

en la ciudad algunos dias,  
 con mil penas que la acaban,  
 porque aquella que está herida,  
 el mismo amor pena causa.  
 Supo como Don Francisco,  
 ausente por esta infamia,  
 á las Indias se ha embarcado:  
 y celosa y enojada,  
 en un navío de aviso,  
 que solo á las Indias pasa,  
 se ha embarcado esta señora,  
 y dentro de seis semanas  
 con felicidad llegó  
 la nao á aquella afamada  
 ciudad de la Habana, á donde  
 saltó en tierra aquesta dama,  
 á donde se paseó.  
 Estrecha amistad cobraba  
 con un mercader muy rico,  
 que alli de Córdoba se halla,  
 y estando un dia los dos  
 hablando, ella preguntaba,  
 que si por suerte conoce  
 en los amigos que trata  
 á un muy noble caballero,  
 que Don Francisco le llaman  
 del Castillo, y dióle señas,  
 porque mas bien se acordára.  
 Dijole que sí, mas no  
 hoy en esta tierra se halla,  
 porque ha pasado á un negocio,  
 que le es de mucha importancia,  
 y segun tengo noticias,  
 hoy está en la nueva España,  
 y desde luego negocie,  
 se ha de volver á la Habana,  
 porque tiene conveniencia,  
 y para casarse estaba  
 con una hermosa señora,  
 que hoy en esta ciudad se halla.  
 Mas valiera al mercader,

no haberle dicho palabra,  
 mas que mucho si este jóven  
 no sabia con quien trata,  
 y jovialmente le ha dicho  
 las referidas palabras.  
 Mas desdoblemos la hoja,  
 que atrás se queda doblada,  
 que es razon que cuenta demos,  
 y volvamos á que estaba  
 ausente en ciertos negocios,  
 sin saber del caso nada,  
 porque si alguno supiera,  
 nunca viniera á su casa,  
 sino á otras tierras remotas  
 estoy en que se pasára.  
 Mas es fuerza, y quiere el cielo  
 de que esta deuda pagara,  
 que despues que saltó en tierra  
 le ha tratado aquesta dama,  
 y cuando lo conoció  
 á preguntarle empezaba.  
 Me conoces, noble amigo?  
 Y Don Francisco le habla:  
 No os conozco, amigo mio,  
 nunca he visto yo esa cara.  
 Posible es no me conozcas?  
 (vuelve á replicar la dama)  
 no eres de España, señor?  
 No me querais negar nada,  
 pues muy bien sé por estenso  
 todo á quanto vos os pasa;  
 y asi, porque no ignoreis,  
 sé de que á una hermosa dama,  
 en la ciudad de Jaen  
 la dejaste agraviada.  
 Pues yo, señor, por la misma  
 causa en tierras dilatadas  
 me veo de aquesta suerte,  
 mas he de volver á España  
 solo á pagar lo que debo,  
 que son deudas que se pagan.

Y tú, amigo, qué me dices?  
 Y Don Francisco le habla:  
 Hallo en mí que es imposible  
 de que yo ya vuelva á España,  
 ni que me case con ella,  
 pues me enfado de nombrarla.  
 En esto habló la señora  
 con la voz muy lastimada:  
 vil y falso caballero,  
 yo soy esa que te enfada,  
 y soy quien por tí padezco  
 en estas tierras estrañas,  
 sin el calor de mis padres,  
 de mis deudos y mi patria,  
 y sin mi honor, que es lo mas,  
 para vivir afrentada:  
 pero yo tengo la culpa,  
 y tú pagarás la infamia  
 que me debes, y con esto  
 una caravina saca,  
 y levantándole el gato,  
 así le dice enojada:  
 Defiéndete de mis iras,  
 que te he de abrasar el alma,  
 apuntóle, y en los pechos  
 dió con dos ardientes balas,  
 que el corazon le partió,  
 quedó el cádaver sin alma,  
 cayó difunto en el suelo,  
 envuelto en sus mismas ansias;  
 y ella así propia se dice:  
 ya se remedió mi infamia,  
 ya yo he cobrado mi honor,  
 pues tanto me lastimaba.  
 En un templo tomó amparo,  
 en ocasion que pasaba  
 nao á España, y embarcóse,  
 con felicidad llegaba  
 á aquesa ciudad de Cádiz,  
 desde allí á su tierra pasa,  
 donde supo estaban buenos

sus padres, no hizo parada  
 en la ciudad, ni ún momento,  
 porque no se sepa nada.  
 Se fue á ese reino de Murcia,  
 y en un lugar que le llaman  
 Ibros, donde los valientes  
 con temeridades campan  
 por sus hechos temerarios,  
 y sus valerosas armas.  
 En este lugar ha puesto  
 su casa, asiento y morada,  
 y en cosas de contrabando  
 solamente contrataba,  
 con que buscaba su vida,  
 sin quitarle á nadie nada.  
 Un dia que se salió  
 de Ibros, y á Valencia pasa,  
 caballera en su caballo,  
 lleva de seda una carga,  
 y al entrar por la ciudad  
 toda la ronda encontraba  
 de miñones, que venia  
 dando la vuelta, y llegaban  
 á registrarle el caballo,  
 por mirar lo que llevaba;  
 pero viéndose perdida,  
 presto se puso en la cara  
 un trabuco, y disparando  
 del tiro llevó dos guardas,  
 montándose en su caballo,  
 mas poco le aprovechaba,  
 que al salir le dispararon  
 una escopeta, y le matan  
 el bruto, y cuando se vido,  
 que el caballo le faltaba,  
 no habrá pluma que aqui escriba  
 el fuego que de sí echaba.  
 Mató é hirió mas de veinte  
 en esta cruel batalla:  
 Despues de haberle faltado  
 á un tiempo pólvora y balas,

con un cuchillo en la mano, parece leona brava, ó bien herida serpiente, ó como tigre dañada; al tiempo de retirarse, tropezó, cayó, y la agarran, y la llevan á la cárcel, y al punto la aprisionáran, y en breves dias sentencian á que ha de morir ahorcada; y metida en la capilla, como es costumbre se haga, con padres, para que allí á bien morir le ayudaran: mas ella con gran valor mandó al punto que le traigan pluma, tintero y papel para escribir una carta. Diéronselo luego al punto; cuando la pluma tomara al Obispo le escribió, y asi nota estas palabras: Ilustrísimo Señor, padre en el mundo de almas, hoy llega una desvalida por socorro á vuestra casa, que en la cárcel halla presa, y á muerte está sentenciada, y ahora os envia á llamar, Señor, y que no haya falta. Llegó la nueva al Obispo, y á leerla comenzara, y hallando en aquestas letras, que es muger quien se quejaba, y metida entre prisiones, que á muerte está condenada, sin detenerse ni un punto, con un page en su compañía, se fue el Obispo á la cárcel,

y luego al instante manda, que le entregasen las llaves de la capilla en que estaba el preso que han de ahorcar. Y sin replicarle nada se las entregan, y él mismo abrió, y halló aquesta dama sola, que los Religiosos, por estar de noche mala, están reposando un rato por volver á consolarla. Con el Obispo confiesa, le cuenta cuanto le pasa, y que por cobrar su honor asi se ve aprisionada; y por mas señas, descubre un pecho blanco, que daba señas de como es muger. Admirado se quedaba el Obispo, solo en ver á esta hermosísima dama. La saca de la capilla, y llevándola á su casa, en un santo Monasterio del órden de santa Clara se entró monja, y acabando aqui Doña Mariana de Figueroa y de Prados, dió fin á su vida santa. Esta es la historia, doncellas, yo os encargo mis palabras, que mireis bien lo que haceis, las que andais enamoradas, y no os fieis en los hombres, que son sus palabras falsas, que en logrando su apetito es el olvidar la paga: y Pedro Miguel Gonzales pide perdon de sus faltas.

FIN.